

CUENTO

El crepúsculo bajo la nieve del mes de Diciembre, parecía más frío que de costumbre.

Unos pasos cansados, ateridos y maltrechos se alejaban entre las calles buscando algún callejón donde poder pasar esa noche; en su camino se encontró algún que otro compañero de desdichas, que ávidamente disputaba su cena con algún que otro perro, que como él buscaba entre los cubos de basura algo que llevarse a la boca.

El anciano vagabundo siguió su camino a ninguna parte, algunos lo miraban a su paso, otros lo ignoraban con despecho, y todos en un segundo olvidaban que lo habían visto; nada podía enturbiar un día como ese, ni siquiera la visión de un andrajoso y viejo vagabundo; era Noche Buena, la noche más esperada del año, la más anhelada por todos, el día en que las familias se reúnen de nuevo ante una mesa simbólica y hablan del largo año transcurrido; todo ello se repetirá cíclicamente hasta que la memoria se pierda en el tiempo, hasta que las generaciones se entronquen en un sólo árbol.

El anciano se perdió por alguna calle oscura y olvidada como él, con la sola compañía de su sombra a la espalda, despacio, lleno de mugre y barro, recorría con los ojos la fiesta que se celebraba a su entorno y en la que él no participaba, en la que el destino no le había dado invitación. Ya quedaba muy lejos algún destello de luz en su vida; en esos días en los que los villancicos, las luces parpadeantes y las gentes se reúnen con los suyos, él sin querer, sin darse cuenta, miraba atrás en su vieja vida y en algún rincón descubría una época en la que fue feliz, en la que una noche como esa había estado llena de

risas, y recordaba entre todo, que alguien le había amado.

Pero algo se había truncado en su existencia, un buen día la suerte le abandonó, todos los suyos le habían ido dejando solo en esa vida en la que no quería seguir sufriendo, y ahora ni siquiera tenía esperanza; pronto llegaría su hora, pero no sabía cuando.

La Navidad flotaba en el aire, el olor a pavo y almendras se dibujaba en su cansada memoria.

La calle le condujo a un pequeño rincón lleno de cajas vacías y desperdicios de algún restaurant cercano; era un buen sitio para pasar la noche, lo ocupó antes de que llegara otro y pudiera arrebatárselo, porque tristemente eran muchos los que como él deambulaban por las calles sin rumbo fijo, robando un poco aquí, mendigando un poco de allá, simplemente intentando sobrevivir.

Tumbado entre las cajas dejó que el aire frío le lamiese la cara, reflejo de una sociedad llena de grietas.

En ese pequeño mundo en el que se encontraba no existía la Navidad, ni las risas y la alegría, ni siquiera existía un hogar, todo era triste y tremendamente frío. Por un momento casi se olvidó de todo aquello que ocurría en el mundo al que él no pertenecía, no quería pensar más en algo de lo que posiblemente nunca más disfrutaría, quería pensar que estaba solo en el mundo, que todo se reducía a las cuatro cajas que lo rodeaban, que tampoco los asilos existían, donde la conciencia de no ser nadie era más palpable que en las calles, amigas y enemigas, el único sitio al que podía optar y el lugar más odioso del universo.

Hubiera dado cualquier cosa por poder siquiera adornar un abeto, o solamente que alguien le hubiera deseado feliz Navidad pero eso no había ocurrido, quisiera que alguien le recordaba, pero de pronto se dio cuenta que estaba solo, tremendamente solo...

De nuevo intentó olvidarse de todo, aunque sabía que no lo lograría; en un raído bolsillo buscó su cena, comió despacio, saboreándolo, lamentando que se acabase, pensando ya en que sería lo que tendría mañana; bebió los últimos restos de tinto que le quedaban, una vez vacía la botella la guardó, con un poco de suerte podría llenarla mañana.

Quizá mañana todo cambiase, quizá mañana...

El sueño comenzó a rondarle, ya era casi media noche y hacía cada vez más frío; antes de dormirse sintió que de nuevo comenzaba a nevar y unos perros ladraban a lo lejos.

Comprendió que sólo durmiendo dejaba de no ser nadie, que por una vez todos los días tenía algo que era suyo y sólo suyo, los sueños, y que durmiendo todos eran iguales, los días dejaban de ser días y los años no existían.

Pensando todo esto se quedó dormido, acurrucado como un niño, en brazos de la noche y arrullado por el viento.

El alba llegó como un suspiro; unos pasos se acercaron al callejón cubierto de nieve caída sólo hacía unas horas, entre las cajas podía encontrar algo que desayunar, sin pensarlo dos veces se dirigió a ellas, pero no había más que un desdichado viejo al que su sombra le abandonó en alguna esquina, las manos del desconocido lo despojaron de lo poco que le quedaba, unos segundos

más tarde los pasos se alejaron furtivamente, como habían llegado, con pasos rápidos para perderse en la bruma de la mañana; mientras, la nieve comenzaba a caer de nuevo.

Zacarias